

Elisenda Albertí: "Las mujeres han sido el colectivo históricamente más silenciado"

La autora y editora recopila en "Mujeres de Barcelona" las vidas de 50 barcelonesas singulares, de todas las clases sociales, que vivieron en la ciudad condal entre el siglo IV y el XIX

Vida | 22/12/2011 - 00:39h



Ilustración sobre el Rebombori del Pa, en el que se vio implicada Josepa Vilaret Albertí Editors

Publicidad



Il·lustració sobre Eulàlia Escuder, la fabricant del barri de Sant Pere, una de les biografies de 'Dones de Barcelona' Albertí Editors



MERITXELL M. PAUNÉ

8

4930 visites

M'agrada 38

M'agrada 38

6

3



1 de 2

La editora y diseñadora Elisenda Albertí
Meritxell M. Pauné

Dones de

Barcelona. Històries i llegendes barcelonines des del segle IV fins al XIX, de la diseñadora y editora **Elisenda Albertí** (Barcelona, 1960), reivindica a través de **50 biografías** insólitas la aportación de todas las **mujeres** que vivieron invisibilizadas en la **Barcelona** medieval y moderna. El libro está estructurado en seis itinerarios cortos y fáciles, que agrupan los personajes según las zonas de **Ciutat Vella** que más las representan. Cada capítulo narra una historia, a veces trágica, a veces tierna. "He querido que aparecieran mujeres muy distintas, no sólo las heroicas y azucaradas, sino también las malvadas y crueles", explica. Lo publica en su propia editorial, Albertí Editors, que fundó su padre y que sigue siendo conocida especialmente por sus muy reeditados **diccionarios de cubiertas amarillas**.

¿Cómo eligió los 50 personajes?

Fui tirando del hilo, una me llevaba a la otra y salieron unas 50, que me pareció un número apropiado. No busqué un especial equilibrio entre barrios ni clases, las prioricé según si eran más o menos conocidas e interesantes. A muchas las descubrí mientras escribía mi primer libro, *Dames, reines i abadeses*. Leyendo biografías de señoras me di cuenta que había muchas otras que no se conocían. En este libro he querido que

aparecieran mujeres muy distintas, no sólo las heroicas y azucaradas, sino también las malvadas y crueles, las ricas y las pobres. Hay tanto personajes históricos, muy documentados, como mujeres legendarias, fruto de historias populares que no se han podido verificar pero que han calado mucho entre el vecindario. Me quedé en el siglo XVIII porque a partir del XIX ya hay mucha más información sobre las mujeres que destacaron, están más documentadas porque la Revolución Industrial transformó el rol de la mujer.

¿Las más poderosas son las más documentadas?

No siempre. Por ejemplo Josepa Vilaret era de clase muy, muy, muy humilde y sabemos muchas cosas de ella, porque fue la única mujer que colgaron durante el Rebombori del Pa de 1789. En cambio la legendaria hija del platero era muy rica y de ella solo tenemos lo que describe un cuento de Joan Amades.

¿Cómo se documentó usted, entonces?

Con muchas fuentes diferentes. Desde archivos municipales a crónicas antiguas de Barcelona de mi colección, pasando por Joan Amades o las hemerotecas de La Vanguardia y el Diario de Barcelona.

Aunque no las haya incluido en el libro, ¿halló también biografías radicadas fuera de Ciutat Vella, en los pueblos que luego se anexionarían a Barcelona, como Gràcia, Sants o Sant Andreu?

Casi ninguna. De las que he encontrado más cosas es de las lavanderas de Horta, porque en su distrito han trabajado mucho el tema. En el resto de antiguos pueblos este ámbito está poco trabajado. La documentación se refiere a la Barcelona de esos siglos, antes de tirar las murallas. Algunas de las mujeres vieron este cambio, pero sólo los albores. Para buscar biografías de las antiguas villas y pueblos del llano de Barcelona habría que buscar en otro tipo de documentación. En realidad, más que radiografiar un trozo de ciudad, lo que me importa más es reflejar cómo vivía la gente en esas épocas y homenajear a todas las mujeres, el colectivo que históricamente ha sido más silenciado. Todas estas mujeres que no tuvieron voz, ahora la tienen en el libro.

¿A cuáles le ha gustado más dar voz?

Hay una que me gusta mucho, Josepa Vilaret, del Rebombori del Pa. Fue una madre de familia muy pobre, que se encontró en medio del alboroto en el Pla de la Boqueria y se unió a las protestas por el aumento del precio del pan, que duraron tres días. Además de ser famosa por ser la única mujer de los seis ahorcados, lo es por la reacción que tuvo la gente a esas ejecuciones. Entonces se hacían en público y la gente dio plantón al acto o muchos incluso se fueron de la ciudad. Esta me gusta porque describe mucho cómo se vivía en la ciudad y el cambio que se avecinaba tras la Revolución Francesa. También me gusta, especialmente por el contraste con Vilaret, la historia de la rica pero desdichada virreina Maria Francesca

Fiveller. ¡Fueron coetáneas y vivieron muy cerca la una de la otra!

Pues cuénteme, cuénteme.

Fiveller venía de una buena familia de Barcelona pero decidieron por ella que ingresaría en un convento como monja. Algunos disponían de un permiso papal especial y eran los preferidos por las clases pudientes, porque si luego abandonaban la orden y se casaban, podían recuperar la dote entregada al ingresar. Fiveller se enamoró del hermano de dos compañeras monjas y se prometieron en secreto. Pero tuvo la mala suerte que el tío del muchacho era el Virrei Amat. Era el virrey español del Perú, donde había tenido muchos escándalos por un hijo ilegítimo de su amante. Quería volver a Barcelona por todo lo alto, así que se saltó a la torera a su sobrino y pidió la mano de la propia Fiveller, una chica honorable de buena familia que le limpiaría la reputación. Mientras aún estaba en el Perú se hizo construir un palacio en la Rambla, el que hoy conocemos como La Virreina, y una residencia de verano en Gràcia, en el sitio que hoy llamamos Plaça de la Virreina. En la esquina aún permanece uno de los edificios del complejo, la casa de los masoveros, pero el resto fue derribado. María Francesca Fiveller se tuvo que casar con él por poderes, porque el novio ni siquiera se personó, se fue directo a Madrid. La trasladaron a vivir al fastuoso palacio de La Rambla y en apenas tres años quedó viuda. Aunque se la conoce como Virreina, nunca llegó a serlo. Al enviudar no le permitieron ni volver a casa ni al convento, porque la familia quiso que mantuviera su posición de poder. El hijo ilegítimo del Perú vino a reclamar su parte de la herencia. Al ser mujer, no le permitieron administrar su herencia y nombraron procuradores. Se dedicó a la caridad, se enamoró de nuevo y le volvieron a impedir casarse, y al final un día en misa le dio un patatús y ya no se recuperó. Entre su padre, su marido y sus notarios, Fiveller siempre estuvo mandada. Las mujeres de esa época estaban tuteladas desde que nacían y nunca pudieran decidir quién querían ser.

¿De qué otras mujeres barcelonesas han quedado rastros urbanísticos y de nomenclátor?

Hombre, la mártir Eulàlia es la que ha dejado un legado más claro: es patrona de la ciudad, tiene una fiesta mayor de invierno en su honor, da nombre a la calle de la Baixada de Santa Eulàlia... Las chocolateras Garriga aún tienen en pie su tienda en la calle del Carmen, aunque ya no la regenta la misma familia. En la calle Robadors ha quedado sólo la hornacina de la Virgen de la Leche, protectora de la lactancia materna. Dos teorías diferentes explican el nombre de la calle Canudas. Y en Petritxol ha quedado un rastro delicioso de la Serafina dels Matons, porque es el único sitio donde todavía puede encontrarse este manjar procedente de Pedralbes.

De aquí el nombre de *mató de Pedralbes*...

Según la tradición, las monjas del monasterio de Pedralbes elaboraban un mató muy bueno, que no estaba hecho con leche de vaca sino de almendras. Serafina era una mujer humilde que se casó con el jardinero del convento y como regalo de nupcias recibió de las monjas la receta secreta de su mató. Ella, de carácter muy emprendedor, empezó a fabricarlos y venderlos en Portaferriça, en una tienda llamada La Cullera Grossa, que vendía cucharas de madera. Gustaron tanto y venía tanta gente a comprarlos que Serafina montó su propio negocio en Portaferriça y un pequeño restaurante en Pedralbes y sus productos se hicieron muy famosos en toda la ciudad.

Hay otras emprendedoras, en el libro, no todo son mujeres invisibles.

Sí, hay muchas. Por ejemplo, Eulàlia Escuder, la fabricante del barrio de Sant Pere. Se casó con un viudo con dos hijos, que tenía una fábrica pequeñísima. Fue verdaderamente revolucionaria, en lo industrial y lo social: dirigió personalmente sus fábricas y cambió mucho el trato a los trabajadores, en especial a las mujeres. Otra de las que destacaron fue Juliana Morell, del siglo XVII. De buena familia, tenía una superdotación prodigiosa y con siete años ya hablaba seis o siete idiomas. Todavía hoy es la única mujer que aparece en el Paranimfo de la Universidad de Barcelona. ¡La universidad no se abrió por completo a las mujeres hasta el siglo XXI!

¿Qué época histórica diría que fue la más dura para las mujeres de Barcelona?

No creo que hubiera un momento peor y otro mejor, dependía del rango social y las circunstancias de cada una. Pero la norma general a lo largo de los siglos ha sido reprimir sus aspiraciones. Para mí eso fue peor que la represión moral. Nacían y ya se las mandaba. Crecían y no podían decidir. ¡Algunas hasta fueron mandadas después de morir, al decidir por ellas cómo enterrarlas! Durante siglos la Iglesia afirmó que la mujer no tenía alma, por lo que no se la consideraba ni siquiera persona. Los "tú calla", "tú no eres nada", "tú obedece", proceden de aquí.

Varias protagonistas del libro optaron por la vida religiosa como refugio.

Historias de monjas hay tres o cuatro, sí, ¡muy trufadas! La vida en un convento tenía tres principales ventajas: vivir con una cierta tranquilidad, poder estudiar y escapar de un matrimonio forzado. Una vez te adaptabas a las peculiaridades de tu orden religiosa, podía tocarte una madre abadesa más o menos flexible. Hubo órdenes que acogieron muy bien a las mujeres, incluso alguna superiora impidió una boda impuesta por los padres. Las abadesas, además, podían ascender políticamente y tener influencia.

En los itinerarios ha intentado acotar al máximo la ubicación más vinculada a las protagonistas, con la calle y el número si se conocen. Pero si un lector acude a estos sitios en busca de vestigios... en casi ninguno verá una placa o un recuerdo. ¿Es una indirecta hacia las autoridades competentes?

Durante unos años Paisatge Urbà se puso las pilas colocando algunos carteles y placas en comercios

Entrevista a Elisenda Albertí, autora de 'Dones de Barcelona

históricos, pero no se ha hecho en absoluto lo mínimo necesario para reivindicar la historia barcelonesa. Y cuando han puesto nombres de mujeres de la ciudad a espacios nuevos han sido sitios tan ridículos como jardines interiores de manzana, que no conoce nadie. En la mayoría de grandes ciudades del mundo hay miles de placas que narran historias pero aquí desgraciadamente no. Por no decir que algunas casas históricas derrumbadas podrían haberse restaurado y preservado. Somos bastante amnésicos. En el hospital de Sant Pau i la Santa Creu, en el Raval, no costaría tanto poner una placa sobre la primera hospitalera que tuvo Barcelona, Anastasia Spatafora. No es por dinero, porque serían cantidades muy pequeñas. Y sería un activo turístico más. Si no lo hacemos es porque no tenemos la voluntad ni valoramos la historia como en otros países.

¿Hay de revisar el nomenclátor de Barcelona, no sólo respecto a la paridad?

Por supuesto. Aún tenemos como Juan Carlos I el cruce de Diagonal con Paseo de Gracia que de siempre se había llamado *Cinc d'Oros* y que podría volver a llamarse así sin problema. Tenemos calles dedicadas a personajes muy dudosos. Algunos los arrastramos desde hace mucho tiempo y ya se han asentado, pero también hay otros sin tradición. No hace falta volver al disparate de la guerra civil, que se cambiaban cada dos días, pero sí podría hacerse una revisión cuidadosa de todo el nomenclátor y cambiar lo que fuera conveniente.

Hay un acuerdo político para priorizar los nombres de mujer al construir nuevos equipamientos, como bibliotecas. Sin embargo, esto a la práctica da problemas, porque no siempre son personajes relacionados con el barrio o lo bastante conocidos. Las más célebres, como Rodoreda y Roig, ya están adjudicadas.

Si el Ayuntamiento explicase bien quien fue esa mujer, podría tener tanta gracia como cualquier otro nombre. Pero en fin, lo de los nombres es simbólico, tampoco hay que obsesionarse como hacemos ahora, que más bien parece que con nombrando un interior de manzana ya cumplimos con la reivindicación entera. El reconocimiento es más importante, se puede explicar mejor la historia de la ciudad.